

Álvaro Zamora

Presentación del “Coloquio sobre Jean Paul Sartre”*

Destaca Sartre entre los filósofos del siglo XX. He escuchado la idea de que refleja, al menos en *El ser y la nada*, a un extraordinario metafísico. Ciertamente, el concepto sartreano de lo que ha de ser un filósofo y de la filosofía misma, así como sus propias metas de pensador, poco o nada tienen que ver con un deseo suyo para ser clasificado en tal forma. “Volver a las cosas mismas” decía –siguiendo, contra Gide, a Husserl y a otros alemanes– en sus años de fenomenólogo existencialista. Luego –en *La crítica*, 1960– daría forma a esta idea: “toda filosofía es práctica”, un arma de combate, enraizada en las situaciones, problemas y contradicciones de la época. Por eso, llegó a considerarse a sí mismo como un ideólogo: no creía que las condiciones históricas que definen al capitalismo hayan sido superadas. También afirmaba que el marxismo, como sustento filosófico, todavía es insuperable. Idea provocadora, polémica, proviniendo de un pensador que enfrentó asiduamente a los deterministas y que enfrentó crudamente a muchos pensadores clásicos del marxismo. Pensaba que intelectuales como él debían investigar aquellas regiones abiertas por los grandes sistemas, pero que habían quedado apenas indicadas o mal exploradas. Es lo que ya había intentado respecto a la modernidad (el tema del *cogito*, a Kant y Hegel, a Husserl y Heidegger) en obras como *La trascendencia del Ego*, *La imaginación* y *Lo imaginario*, *El ser y la nada*. Es lo que hace luego, frente al marxismo, en *La crítica de la razón dialéctica*, en *Cuestiones de método* y, seguramente, en *El idiota de la familia*, ese proyecto literario-filosófico que se levantó a partir

de varios retos: de Flaubert, contra Garaudy, contra y con el psicoanálisis, con Lefebvre, contra sí mismo.

Así era Sartre. Pensador *contra sí mismo*, es decir, revisor, recapitulador, rehacedor. Se afirmaba al negarse, al hacer esto y aquello, al pensar y discutir, al crear. Ese es el hombre que veo en la inmensa obra que nos ha heredado: un filósofo del siglo XX que, como bien ha escrito Bernard-Henry Lévy, “dio la espalda a todo lo que podría parecerse a un cielo inteligible”, aseveración que no debe entenderse solamente en su dimensión ética, por supuesto.

Un escritor hecho de compromiso; eso también fue Sartre, mejor dicho, un escritor que reconoce desde el principio las fuentes literarias en las condiciones de la realidad humana, en lo social e histórico. Afirmaba que todo escrito nace “comprometido”, en *situación*, con materiales de circunstancia.

Sartre advierte que el siglo XX es el siglo de la lengua o, si se prefiere, reconoce –a su manera, porque en verdad no fue el único– que en su momento la lengua ha llegado a ser un tema trascendental del pensamiento, un centro o medio cultural: objeto y sujeto.

También fue un hombre práctico: en la resistencia, siempre en trincheras de la provocación. Frente a unos y frente a otros. Permítanme tomar otro comentario de Lévy: “Imaginad que tenéis veinte años en 1945: ¿a quién seguiréis, al mezuino Benda, con sus resentimientos, sus amarguras y sus aires de pontífice indignado, o a ese alborotador, a ese chiflado (Sartre), que dice que los libros se confunden con la vida”. Aunque al

decir esto conviene recordar que el mismo Sartre, en una entrevista del año 64, advierte contra ciertas ilusiones intelectuales, al decir que una novela como *La Nausea* no es sostenible, frente a un solo niño hambriento.

Estuvo de moda en los años sesenta y los ecos de tal moda marcaron la década del setenta, seguramente. Decayó la misma, antes de que su obra posterior recibiera la atención debida.

Creo que su trabajo trascenderá, sin embargo, tal letargo: hoy tiene sentido releerlo o leerlo por primera vez.

No quisiera que este coloquio se percibiera como un homenaje de panteoneros, sino como ocasión propicia para recoger algunos temas sartreanos, a propósito de nuestra realidad o, al menos, como una sugerencia para meditar y actuar en torno a ella.